

# Lucha de clases en Brasil 2010-2020: progresismo, reestructuración autoritaria y perspectivas populares

*Luta de classes no Brasil 2010-2020: progressismo, reestruturaco autoritria e perspectivas populares*

*Class struggle in Brazil 2010-2020: progressivism, authoritarian restructuring and popular perspectives*

Severo Salles de Albuquerque\*  
Julio Diego Zendejas Maximo\*\*

## Resumen

Enmarcado en la disputa regional entre la continuidad del progresismo y la reconfiguraci3n conservadora en Am3rica Latina, el trabajo realiza un balance de la lucha de clases en Brasil durante la 3ltima d3cada, y examina sus expectativas inmediatas. Primero se analizan las caracter3sticas de los gobiernos del Partido de los Trabajadores (PT) y del lulismo, y su relaci3n con el ascenso conservador encarnado por Jair Bolsonaro. Enseguida se muestra que el golpe parlamentario y el bolsonarismo son parte de un proceso de reestructuraci3n autoritaria del Estado para profundizar el patr3n neoliberal de acumulaci3n. Se concluye reflexionando en torno a las perspectivas populares frente a un posible nuevo gobierno de Lula y lo que nos indican sobre el alcance del renovado ciclo progresista.

*Palabras clave:* Brasil, lucha de clases, progresismo, Lula, reestructuraci3n autoritaria, Bolsonaro.

## Resumo

Enquadrada na disputa regional entre a continuidade do progressismo e a reconfigurao conservadora na Am3rica Latina, a obra faz um balano da luta de classes no Brasil na

\* Doctor en Ciencia Pol3tica por la UNAM. Doctor de Estado en Econom3a por la Universidad Paris x-Nanterre. Investigador del Centro de Estudios Latinoamericanos y profesor de la Facultad de Ciencias Pol3ticas y Sociales y del Programa de Posgrado en Estudios Latinoamericanos, UNAM. L3neas de investigaci3n: movimientos populares y transformaciones del Estado en Am3rica Latina con 3nfasis en Brasil y la teor3a marxista: desarrollo y transformaciones del capitalismo. Publicaci3n reciente: *A diversidade das lutas socais*, Bahia, Editora da Universidade Federal da Bahia, 2015. E-mail: <severoasalles@gmail.com>.

\*\* Soci3logo. Maestro y doctor en Estudios Latinoamericanos por la UNAM. Ha realizado estancias de investigaci3n en Cuba y Venezuela. L3neas de investigaci3n: procesos pol3ticos de izquierda, su potencial de cambio social y su relaci3n con la tradici3n hist3rica del socialismo y el marxismo. Publicaci3n reciente: "La transici3n socialista en perspectiva cubana. Del Che a la actualizaci3n, dos visiones en disputa", en *Revista Cubana de Ciencias Sociales*, La Habana, 2020. E-mail: <diego86unam@gmail.com>.

ESTUDIOS LATINOAMERICANOS, NUEVA 3POCA, N3M. 51, ENERO-JUNIO, 2023, PP. 49-75.

última década e examina suas expectativas imediatas. Em primeiro lugar, são analisadas as características dos governos do Partido dos Trabalhadores (PT) e do lulismo, e sua relação com a ascensão conservadora encarnada por Jair Bolsonaro. A seguir, mostra-se que o golpe parlamentar e o bolsonarismo fazem parte de um processo de reestruturação autoritária do Estado para aprofundar o padrão neoliberal de acumulação. Conclui refletindo sobre as perspectivas populares em vista de um possível novo governo Lula e o que elas nos dizem sobre o alcance do renovado ciclo progressista.

*Palavras chave:* Brasil, luta de classes, progressismo, Lula, reestruturação autoritária, Bolsonaro.

### **Abstract**

Framed in the regional dispute between the continuity of progressivism and the conservative reconfiguration in Latin America, the work takes stock of the class struggle in Brazil during the last decade and examines its immediate expectations. First, the characteristics of the Workers Party (PT) governments, of Lulismo are analyzed, and their relationship with the conservative rise embodied by Jair Bolsonaro. Next, it is shown that the parliamentary coup and Bolsonarism are part of an authoritarian restructuring process of the State to deepen the neoliberal pattern of accumulation. It concludes by reflecting on the popular perspectives of a possible new Lula government and what they indicate us about the scope of the renewed progressive cycle.

*Keywords:* Brazil, class struggle, progressivism, Lula, authoritarian restructuring, Bolsonaro.

El presente latinoamericano se encuentra tensionado, por un lado, entre hechos y gobiernos que aparentemente podrían estar constituyendo una nueva ola progresista que cuestiona y pretende ir más allá del neoliberalismo y, por otro, la permanencia y emergencia de gobiernos conservadores que agudizan tal patrón de acumulación y sus estructuras políticas autoritarias correlativas.

En México gobierna Andrés Manuel López Obrador en una suerte de “progresismo tardío” (Modonesi, 2018); en Argentina lo hace Alberto Fernández, encabezando un kirchnerismo más moderado o “herbívoro” (Stefanoni, 2019b); en Bolivia triunfó Luis Arce para restituir el proyecto de Evo Morales tras el golpe de Estado de 2020; en Perú, aunque su futuro es incierto dada la desestabilización política y el acoso parlamentario de que ha sido objeto, asumió la presidencia Pedro Castillo con un discurso popular; en Chile se puso en marcha una Convención Constitucional con mayoría de fuerzas de izquierda y obtuvo la victoria Gabriel Boric, como resultado de las revueltas antineoliberales y el desprestigio de los partidos tradicionales –aunque éstos lograron el apoyo suficiente para rechazar la propuesta de la nueva Carta Magna; igualmente, en Colombia se dieron enormes manifestaciones populares y Gustavo Petro alcanzó la presidencia enfrentándose ahora al reto de desmontar el Estado narcoparamilitar uribista, bastión neoliberal en la región.

En sentido contrario, en Ecuador y Uruguay gobiernan fuerzas de derecha tras el deterioro del correísmo y del Frente Amplio, respectivamente, y en El Salvador

asumió Nayib Bukele como respuesta autoritaria a la debacle electoral del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) tras una década de gestión. Como expresión máxima de esta tensión, la República Bolivariana de Venezuela lucha por sobrevivir mientras en su interior surgen tendencias reaccionarias que atentan contra los avances sociales y el programa del socialismo comunal.

En el marco de esta disputa regional, entre el retorno de un “nuevo ciclo de impugnación” (Ouviaña, 2020) y la configuración de una “nueva derecha” (López, 2016), el lulismo pretende encabezar nuevamente el rumbo de Brasil ante el autoritarismo ultraconservador representado por Jair Bolsonaro. Lula y sus seguidores se presentan a sí mismos como la alternativa para solucionar la debacle económica y social reinante y para impedir la continuación de la barbarie. Sin embargo, el golpe parlamentario contra Dilma Rousseff y el triunfo electoral de Bolsonaro sucedieron tras casi 15 años de gobiernos del Partido de los Trabajadores (PT). El giro conservador fue posible y se construyó sobre los resultados del lulismo, por eso cabe entonces preguntarse: ¿cuál es la relación entre la práctica socioeconómica y política de este llamado progresismo y la conformación de las condiciones que hicieron posible la reestructuración autoritaria del poder? o, dicho de otra manera, ¿cuál es la relación entre la herencia lulista y el ascenso conservador bolsonarista?

Sólo analizando la relación entre las prácticas y los resultados de los gobiernos del PT puede entenderse la emergencia y asunción de la derecha. Por ello, este artículo sistematiza las principales características del lulismo y su relación con el rumbo actual del país. En la primera parte, se hace una síntesis de la política económica y social del progresismo brasileño y de sus contradictorias consecuencias entre las clases populares, estableciendo por qué éste sentó las bases de la posibilidad del giro conservador. Al estudiar este giro se señala su nexos con las tendencias profundas y de largo aliento heredadas de la dictadura. En segundo lugar, se revisan las gestiones de Michel Temer y Jair Bolsonaro como parte de un proceso de reconfiguración autoritaria del Estado que procura reorganizar y garantizar la acumulación capitalista a través de la profundización neoliberal. Se concluye con algunas reflexiones sobre lo que la reedición de un gobierno lulista representaría para las perspectivas populares y de izquierda en Brasil, y sobre lo que nos indicaría respecto al debate y caracterización de un nuevo ciclo progresista latinoamericano. Con la visión de conjunto nos acercamos a un balance de lo que ha sido la lucha de clases en la última década brasileña y a sus expectativas inmediatas.

### **El progresismo brasileño: conciliación, neoliberalismo matizado y despolitización popular**

Después de tres intentos para llegar a la presidencia de la república, Luiz Inácio da Silva, Lula, asumió la presidencia brasileña en 2003. En ese largo recorrido, el

proyecto del PT perdió su cariz social, difuminó su carácter de clase en las sucesivas disputas electorales y renunció a cualquier transformación antisistémica y socialista (Löwy, 2010; Salles, 2013). Desde esa posición “descolorida” desarrolló una política que buscó la conciliación entre los sectores más explotados y las clases poseedoras, política que se puede calificar como una “fantástica alianza entre los más ricos con los más pobres” por lo contradictorio de su composición y su inverosímil posibilidad de sostenerse por demasiado tiempo (Salles, 2013). Tras ocho años de gobierno de Lula (2003-2010), la segunda década del nuevo milenio comenzó con otro triunfo electoral petista y la elección de Dilma Rousseff como presidenta. Esta victoria y su posterior reelección trataron de garantizar la continuidad de esa alianza hasta que fue abortada por el golpe parlamentario de 2016. Por tal razón, la historia de este segundo decenio es la historia del fracaso de tal proyecto y la de sus consecuencias. En este trabajo sostenemos que las características del lulismo y su agotamiento como posibilidad de gestión política del capital hicieron viable el ascenso conservador.

A pesar de que se presentaron como alternativa al neoliberalismo, los gobiernos del PT mantuvieron el patrón primario exportador y extendieron el dominio del capital financiero sobre la economía y el bloque en el poder. Los tibios intentos por reeditar una política de industrialización de corte desarrollista no lograron revertir las tendencias a la reprimarización y desindustrialización por lo que el supuesto “neodesarrollismo” no logró distanciarse de las políticas económicas hegemónicas resultando así una mera aspiración fallida (Katz, 2014; Salles, 2013).

De hecho, fue la profundización del modelo extractivo, que vino de la mano del ciclo ascendente de los precios de los *commodities* en el mercado internacional, lo que permitió la base material del pacto lulista. Fue la renta proveniente de esas exportaciones lo que hizo posible cierta distribución de la riqueza manteniendo al mismo tiempo incomparablemente altas las ganancias burguesas.<sup>1</sup> La principal diferencia con sus antecesores inmediatos no fue entonces la transformación del patrón de acumulación sino más bien, la continuidad de éste se acompañó de una amplia política de programas sociales e inversiones públicas que buscaban ampliar el consumo interno y la “inclusión” social para atenuar sus efectos más perversos.

<sup>1</sup> Tarso Genro, varias veces ministro y considerado ideólogo de los gobiernos del PT, ha denominado a esta alianza como “pactos políticos de estabilidad”. Pactos que según él se fundamentaron desde el Consejo de Desarrollo Económico y Social y, en especial durante el segundo mandato de Lula, en el Consejo Político de la Coalición. Genro apunta claramente que el pacto interclasista se apoyaba en los precios altos de las materias primas: “la ecuación política de la estabilidad de los gobiernos de Lula se daba también con sectores rentistas de la sociedad que soportaron este pacto al que hice mención mientras todos estaban ganando. ¿Cómo es que todos consiguieron ganar? Fue un periodo en que las *commodities* tenían los precios elevados”. No obstante, al mismo tiempo reconoce su limitación: “La gran limitación de nuestro gobierno fue que nosotros no nos preparamos para un momento internacional en el que los precios de las *commodities* caerían y que ello traería una consecuencia nefasta para quebrar ese bloque de clases que daba sustento al gobierno del presidente Lula” (Genro, 2019:241-244).

Pero tanto la política social, como el fortalecimiento del mercado interno y la inversión pública destinada a crear infraestructura –como parte del supuesto impulso productivo local– se hicieron siempre de manera subordinada a la hegemonía de los dictados neoliberales y en favor de las fracciones del capital financiero.

Con tasas de interés superiores a las existentes en Estados Unidos y Europa, la Inversión Extranjera Directa pasó de 16 mil millones de dólares en 2002 a 48 mil millones en 2010. Las políticas públicas de inclusión social fueron subsumidas a la lógica de la financiarización y la promoción del consumo se dio sobre todo a través del aumento del crédito que durante ese periodo se duplicó (Cavalcante, 2020; Lavinas y Gentil, 2018). Por eso la distribución de renta a través de Bolsa Familia, el programa social más importante, no se compara con las ganancias que la deuda interna generó para los prestamistas (Salles, 2013:124). A pesar de ello, este “social-liberalismo” (Löwy, 2010) –un neoliberalismo matizado– permitía granjearse el apoyo popular y garantizaba la estabilidad política necesaria al capital, siendo la base de la “fantástica alianza”. Sin trastocar la estructura económica, logró cierta mejora en las condiciones de vida de amplias capas desprotegidas y al mismo tiempo garantizó las ganancias del capital nacional e internacional.<sup>2</sup>

Tras las largas décadas de retraimiento y derrota que había supuesto la dictadura, el lulismo fue la respuesta que el campo popular pudo articular ante la ofensiva neoliberal. Las victorias del PT y la figura de Lula eran la expresión política de un grado de fuerzas de los sectores populares que permitió impedir la dictadura “salvaje” del capital pero que no fue capaz de imponer un proyecto de clase propio.<sup>3</sup> Por ello la destitución de Dilma evidenció tanto los límites del progresismo brasileño como la debilidad de las fuerzas que lo habían hecho posible. El *impeachment* mostró las contradicciones de la alianza lulista y al mismo tiempo puso de manifiesto cómo su gestión profundizó las debilidades del campo popular haciendo posible el resurgimiento de las fuerzas reaccionarias. Fuerzas que habían aguardado su momento, pues como dijo Arantes (2014), “1964 [es] el año que no terminó”, desde entonces se instalaron ideas, sentidos, prácticas e instituciones autoritarias en lo profundo de

<sup>2</sup> El propio Lula se encargó varias veces de recordar que nunca antes los ricos habían ganado tanto como con él y por ello les reprochaba los ataques a su persona (Cfr. Oliveira, 2009). Las ganancias del sistema financiero de 1995 a 2002 fueron de casi 22 mil millones de dólares, con Lula, entre 2003 y 2010, fueron de 144.83 mil millones de dólares (Cavalcante, 2020:479).

<sup>3</sup> Al respecto, dice el dirigente del Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra (MST) João Pedro Stedile: “Al final de la década de los 90 e inicios de los años 2000, ya había un contexto histórico de agotamiento de las políticas neoliberales, que fue representado aquí en Brasil por el gobierno de Fernando Henrique Cardoso, y con ese agotamiento de las políticas, hubo un proceso de bastante lucha social en aquel periodo, inclusive en el campo, nosotros hicimos muchas ocupaciones, muchas marchas. Y aquello generó un clima en la sociedad que abogaba por el cambio, pero la izquierda, todavía desorientada ideológicamente por el neoliberalismo, no tenía en aquella época una propuesta completamente anti neoliberal. Y el resultado de eso fue que fuimos para las elecciones de 2002 con un programa ‘neo desarrollista’” (Stedile, 2020b).

la ideología dominante y del aparato estatal que configuraron un latente, y a veces manifiesto, Estado del terror que acechaba para retomar el control pleno y abierto del poder.

El progresismo lulista fue la condensación de una correlación de fuerzas en la cual las clases trabajadoras eran incapaces de construir un liderazgo y proyecto político más allá del PT y de la tolerancia de las élites dominantes a un gobierno que, sin ser expresión directa de sus intereses de clase, garantizaba las condiciones necesarias para la reproducción capitalista. Pero este populismo, en tanto conciliación de clases (Ianni, 1977), se diferenció del de las primeras décadas del siglo xx, porque a diferencia de aquél, no promovió, ni siquiera corporativamente, la movilización de masas. En cambio, gestó un consenso pasivo que desembocó en una “pérdida de la política” (Oliveira, 2011). El lulismo sustrajo la iniciativa de las masas arrojándose su dirección y representación, expropió a las clases trabajadoras la actividad política.

Para garantizar la tolerancia de las élites, además de la renuncia a cambios estructurales, la política de inclusión no se acompañó de un proceso de politización. Junto a las mejoras económicas inmediatas no fueron promovidos procesos de educación y concientización que originaran la creación de un sujeto político popular. Tal ausencia permitió no sólo la destitución de Dilma y el ascenso de la derecha sin gran resistencia ciudadana, sino que hizo factible que lo ganado por las clases populares fuera rápidamente desbaratado por el giro conservador. Lo conquistado en el terreno social pudo ser muy pronto revertido sin que hubiera una respuesta amplia y contundente de aquellos que se habían beneficiado de esta política, porque durante los gobiernos lulistas no se generaron procesos de movilización y organización de las clases trabajadoras. El lulismo alienó la soberanía popular a un liderazgo carismático que buscaba resolver las demandas sociales de manera paternalista, garantizándoles el acceso al mercado de consumo, siempre y cuando no alteraran la estabilidad social.

La debilidad que las clases populares mostraron ante el Golpe fue el resultado de una década de desmovilización promovida desde el gobierno del PT, pues éste había abandonado toda lucha extraparlamentaria limitándose al acomodo institucional, con lo que se reafirmó como un partido del orden: en realidad, el partido no había “ocupado” al Estado, sino que éste había ocupado al partido, impregnándolo de su racionalidad conservadora (Salles, 2013). El resultado fue que el vacío de la calle provocado por el petismo fue ocupado por la extrema derecha (Instituto Tricontinental de Investigación Social, 2021; Zibechi, 2020).<sup>4</sup>

<sup>4</sup> La falta del trabajo de organización y politización de base permitió que amplios espacios populares fueran ocupados por fuerzas conservadoras como las iglesias evangélicas y su “teología de la prosperidad”, favorable al discurso neoliberal. Dichas fuerzas religiosas se convertirían en parte sustancial de la base social que votó por Bolsonaro que, junto con los militares, fue uno de los pilares fundamentales de su gobierno (Febbro, 2018; Oualalou, 2019).

Si bien las movilizaciones de junio de 2013 tenían un carácter y contenido popular –demandaban una tarifa justa para el transporte y luchaban contra el despilfarro por el mundial de fútbol y contra la represión–, rápidamente fueron cooptadas por la derecha, de manera que las manifestaciones de los “amarillos” en marzo-abril de 2015 e inicios de 2016, fueron claramente reaccionarias y de un contenido ideológico conservador que hacía eco del discurso anticomunista (Arcary, 2021b; Goldstein, 2016; Zibechi, 2020). En ese momento miles de personas, muchos beneficiados por la política social del lulismo –sobre todo los “clasesmedieros”–, gritaron consignas como: “*sos vs el comunismo*”, identificándose con un discurso nacionalista de extrema derecha que demandaba la intervención militar para “salvar al país del comunismo”.<sup>5</sup> Petición que se haría realidad con el golpe institucional, la toma de posesión de Temer, la condena, detención y encarcelamiento de Lula y la elección y el gobierno de Bolsonaro a partir de 2018 con su fuerte contenido castrense.

Junto con la despolitización popular se produjo una confusión ideológica. La auto-identificación, desde los gobiernos del PT, con la “izquierda” y la constante agresión mediática que también los asimilaba con un supuesto proyecto de esa orientación y hasta socialista-comunista, gestó una profunda crisis ideológica entre el grueso de la población, sobre todo en las llamadas clases medias, e incluso entre las propias organizaciones populares. Así, desde el punto de vista político, estas últimas se han visto durante todo este periodo en la disyuntiva entre apoyar al lulismo-petismo o permitir el ascenso de la “derecha”, sin ser capaces de construir un proyecto alternativo a unos u otros.

Esta confusión, difundida y profundizada por los defensores acrílicos del progresismo, ha impedido reconocer la relación entre el fracaso de las políticas de conciliación del lulismo y la emergencia del autoritarismo bolsonarista. Para quienes identifican a Lula y Dilma con la izquierda, el giro conservador no es resultado de un pacto de clases caduco ni de las inconsistencias económicas de su política de atenuar los efectos nocivos del neoliberalismo sin pretender trascender el capitalismo. Por el contrario, el golpe institucional sería, según ellos, el resultado del “éxito” de los gobiernos de Lula-Dilma, de manera que el golpe mostraría el supuesto avance del proyecto popular que lo habría provocado (Sader, 2021a). Estas lecturas niegan la historia brasileña de la última década, como si Temer y Bolsonaro hubieran surgido de la

<sup>5</sup> En una encuesta levantada en una de las manifestaciones de 2015 se consultó a los participantes si estaban de acuerdo con la afirmación: “El PT quiere establecer un régimen comunista en Brasil”, a lo que 64 por ciento estuvo de acuerdo. Este dato ilustra el impacto en el sentido común de amplios sectores sociales que el discurso de algunos ideólogos del bolsonarismo –como Olavo de Carvalho– ha tenido al identificar al “marxismo cultural” como supuesto distorsionador de la nacionalidad y la civilización (Stefanoni, 2019a). Impacto que no obstante, como veremos, tiene también un dilatado origen en la historia del país que va más allá de esos delirantes ideólogos.

nada. La reconfiguración conservadora del poder no es resultado del avance popular sino de su estancamiento en el lulismo. Es el resultado del fracaso de una política de conciliación que no creó las bases económico-sociales de una nueva estructura social ni la fuerza subjetiva para llevar más adelante un proyecto popular y sí, en cambio, facilitó la reestructuración del poder de clase burgués en un sentido más autoritario.

Un buen resumen de la calidad de los cambios ocurridos, es el hecho de que al finalizar los dos periodos de gobierno de Lula (del 1º de enero de 2003 al 1º de enero de 2011), 70 por ciento de los hogares poseía –gracias a los créditos al consumo– bienes durables, principalmente aparatos electrodomésticos, pero casi 60 por ciento carecía de alcantarillado; mientras que al finalizar el primer gobierno de Dilma, 54 por ciento de las familias tenía 45 por ciento de sus ingresos comprometidos en el pago de deudas (Betto, 2010; Nepomuceno, 2014). Como bien se ha señalado, los datos de disminución de la pobreza ocultan que la vía utilizada “comprometió el ingreso de las familias y aumentó las ganancias del sistema financiero” (Cavalcante, 2020:478). La inclusión se hizo beneficiando al capital, no hubo cambios de fondo, no hubo, por ejemplo, reforma fiscal o reforma agraria que dieran sustento sólido a la distribución de la riqueza y a la disminución de la desigualdad. En síntesis, los cambios en la calidad de vida no tenían ni sustrato material ni político, estaban contruidos en el aire.

Por otro lado, es cierto que el lulismo desarrolló también una política internacional de mayor autonomía frente al imperialismo estadounidense e incluso de apoyo a una integración latinoamericana, pero esta última nunca tuvo carácter estratégico y siempre estuvo subordinada a los intereses económicos de la élite brasileña en la región. El poco apoyo a Argentina en su negociación de la deuda ante el Fondo Monetario Internacional (FMI) o la obstaculización a la conformación del Banco del Sur son evidencias de ello (Katz, 2016; Salles, 2013). En este análisis no se niega que el pacto lulista haya tenido efectos positivos en las condiciones de vida de amplios sectores populares y en la política internacional, pero sí se quiere poner el acento en la imposibilidad de extender indiscriminadamente en el tiempo una experiencia cuyo agotamiento y consecuencias están a la vista. Fue útil en un momento determinado de la correlación de fuerzas entre las principales clases sociales y en un momento histórico de la acumulación capitalista, pero tales condiciones hoy se han agotado.

De hecho, la segunda elección de Dilma ya mostraba con claridad los signos de agotamiento del progresismo brasileño. Desde la campaña se observó la pérdida de apoyo de la burguesía, y su segundo periodo de gobierno sólo fue posible gracias a la ampliación de las concesiones al capital en la conformación del gabinete y al abandono de la política “neodesarrollista” que se había esbozado en el primero. La nueva composición gubernamental mostraba la debilidad del PT en la alianza y



su deterioro: nombró a Joaquim Levy, proveniente de uno de los mayores bancos privados y un auténtico Chicago Boy, como ministro de Economía, y en la cartera de Agricultura impuso a la representante del agronegocio Kátia Abreu (Anderson, 2016; Goldstein, 2016). Durante su segundo periodo de gobierno, Dilma Rousseff trató de mantener la conciliación mientras que la burguesía avanzaba su ofensiva contra la misma.

En un entorno en el que la crisis capitalista mundial golpeaba los precios de los productos primarios y se reducían las ganancias, la burguesía buscaba reorganizar la dominación económica y política. Tanto la oligarquía brasileña asociada al agronegocio como el capital financiero internacional requerían de un gobierno que no pusiera límite alguno a la 'libertad' del capital para la explotación del trabajo y de la naturaleza. Se pretendía descargar la crisis global sobre los trabajadores a través de un nuevo programa de contrarreformas neoliberales. Por ello, desde la campaña y, sobre todo, después del apretado triunfo electoral, se promovió un plan de desestabilización mediante el cual algunas fracciones de la burguesía comenzaron a articularse para impulsar la alternancia en la administración estatal y en el cual los medios de comunicación intensificaron la narrativa de que la crisis económica era resultado del modelo intervencionista, populista y corrupto de los gobiernos del PT (Cavalcante, 2020; Goldstein, 2016).

Al mismo tiempo, los sectores populares habían comenzado desde el año 2013 a movilizarse para reclamar la ampliación de los derechos sociales y su cumplimiento. Para superar tal coyuntura, el lulismo hubiera tenido que romper con cualquiera de los componentes del pacto de dominación-consenso que lo configuraban como proyecto político. Sin embargo, en la base de su "governabilidad" y en su horizonte político-ideológico no había margen de acción por lo que en los hechos no tuvo opciones. Ianni (1977:89) afirmaba que en un extremo del populismo se hallaba la dictadura de la clase obrera y en el otro la "dictadura civil o militar de la burguesía". No obstante, el populismo lulista, asentado en un consenso pasivo de las masas, no podía desembocar en un proyecto propio de las clases trabajadoras. El lulismo era incapaz de resolver las demandas populares pues esto significaba avanzar en cambios estructurales que dieran sustento a la inclusión económica generada artificialmente a través del aumento del consumo. Cuando mantener los logros implicaba la radicalización del proceso, el PT retrocedió: antes que buscar profundizar la alianza con los trabajadores trató de hacerlo con la burguesía que lo abandonó. Basado en la despolitización social y en una inclusión social mercantilizada, su fracaso sólo podía desembocar en una dictadura más abierta del capital.

## El ascenso conservador: profundización neoliberal y reestructuración autoritaria

Agotadas las condiciones del pacto conciliador, la burguesía decidió utilizar el entramado institucional para consumir mediante argucias legales un golpe parlamentario contra Dilma Rousseff, que le permitiera instaurar un gobierno abiertamente de clase para reorganizar la acumulación capitalista, con ello empezó a develarse la dictadura burguesa bajo el manto democrático. Evidencia de tal agotamiento fue que el propio vicepresidente Michel Temer fue uno de los instigadores de la destitución y que una vez que tomó el poder, anunció las medidas antipopulares que trataría de llevar adelante dando cuenta del cariz social de su gobierno: eliminación del Ministerio de Desarrollo Agrario, del de las Mujeres, Igualdad Racial y Derechos Humanos; reducciones al gasto social en salud y educación; contrarreforma laboral y de pensiones; reversión de demarcaciones de tierras; privatizaciones de empresas y recursos naturales, y subordinación a la política exterior estadounidense (Ríos, 2018).

A través de la Enmienda Constitucional 95 (15/12/2016) se impuso al gasto público un techo límite por un periodo de 20 años, con lo que se redujeron drásticamente los recursos disponibles para seguridad social en el futuro. Ya desde el año 2016 se dejaron de entregar 80 mil becas del Programa Universidad para Todos (PROUNI), y disminuyeron en un 94 por ciento las inversiones del programa “Mi Casa, Mi Vida” (Telesur, 2018b). Sin embargo, y a pesar de lo regresivo de aquel decreto, el mayor perjuicio para los trabajadores se concretó en la nueva legislación laboral que limita los derechos sindicales de negociación colectiva, dificulta el pago de horas extras y otorga condiciones favorables a la patronal en los litigios. De la mano de esta legislación anti obrera se presentó la propuesta de contrarreforma a las pensiones, que pretendía precarizar las condiciones de jubilación; no obstante, ésta no fue aprobada en ese momento por lo que quedó como tarea para Bolsonaro. El nuevo ciclo privatizador emprendido por Temer afectó aeropuertos (14), puertos (13), hidroeléctricas (4), centrales de abastecimiento y pozos petroleros.

El resultado de su gestión fue el aumento de la desigualdad y la pobreza. En 2017, el Instituto Brasileño de Geografía y Estadística (IBGE) reportó que 1 por ciento de la población más rica del país percibió 36.1 veces más que la mitad más pobre; la renta de los más ricos creció 10 por ciento y el ingreso de la población pobre se redujo 3.5 por ciento. Por su parte, la Fundación Getulio Vargas calculó que más de 23 millones de personas vivían en situación de pobreza, 33 por ciento más que en 2014 (Maiana, 2018; Telesur, 2018a, 2018b).

A pesar de los “logros” en la aplicación del programa de contrarreformas, Temer se vio envuelto en los escándalos de corrupción que involucran a casi todo el parlamento brasileño y en la inestabilidad política que provocó el reacomodo de fuerzas

en el aparato de Estado y del bloque en el poder. Inestabilidad a la que se sumó la presión de las protestas populares, como la huelga general del 28 de abril de 2017, ante los embates contra los derechos sociales, por lo que las mismas élites llegaron a plantear la posibilidad de poner fin a su gobierno prematuramente (Ríos, 2018).

El rechazo social a Temer, 80 por ciento al final de su mandato (*Telesur*, 2018b), y las manifestaciones políticas, que apenas empezaban a remontar la pasividad lulista, no fueron suficientes para evitar el avance de la nueva ofensiva neoliberal, la continuidad del golpe y la reconfiguración autoritaria del Estado. Para esto, fue necesario impedir la candidatura de Lula y un eventual nuevo gobierno de éste. De tal manera, se puede decir que el golpe parlamentario, el ascenso de Temer y el proyecto bolsonarista son parte de una reconfiguración autoritaria de la sociedad brasileña para hacer posible la continuidad y profundización neoliberal sin mediaciones ni matices.

Sin ser un obstáculo infranqueable, el lulismo constituía una piedra incomoda al aumento del saqueo de los recursos naturales y a la explotación del trabajo que demandaba la burguesía como medios para solventar la reducción de ganancias derivada de la crisis capitalista global. Un nuevo gobierno de Lula en 2018 hubiera dificultado ese rumbo pues, como vimos, su fuente de legitimidad popular se asienta en el logro de ganancias “para todos”. Además, con su política exterior relativamente independiente hubiera obstaculizado la renovada agresividad estadounidense en el subcontinente.

La pérdida de hegemonía de Estados Unidos en el contexto global ha profundizado su política de control hemisférico, y por ello agrade a todos aquellos gobiernos que considera “amenazas” para su seguridad nacional y dominio regional. En el caso de Brasil, aunque los gobiernos del PT no constituían obstáculos a la reproducción capitalista, sí cuestionaban la política de hostigamiento hacia otros países latinoamericanos –como Bolivia y Venezuela– y complicaban su disputa imperialista con Rusia y China por los recursos naturales y la influencia en la región. Por tal razón, bien se puede afirmar que el golpe fue parte también de los intentos estadounidenses por reorganizar su dominación hemisférica en contra del auge y presencia de aquellas potencias. Es parte de la reorganización del sistema capitalista mundial y las disputas geopolíticas en marcha.

Tanto el imperialismo como las fracciones dominantes de la burguesía brasileña buscaban acentuar y continuar su programa de saqueo y expoliación neoliberal, y para ello era importante consolidar el golpe. Era necesario garantizar el rumbo emprendido por Temer, por ello la campaña y el triunfo electoral de Jair Bolsonaro fueron la continuación y consumación del golpe parlamentario. En medio de la crisis de legitimidad del sistema político, el bolsonarismo articuló y expresó a las fuerzas

más reaccionarias para garantizar la continuidad del modelo neoliberal a través de la reconfiguración autoritaria del poder. Se puso entonces en marcha la política del miedo con base en aquel espíritu de 1964 que nunca ha dejado a la sociedad brasileña. Así, el ejército presionó al Supremo Tribunal Federal (STF) para que no otorgara un recurso de *habeas corpus* que hubiera podido evitar la prisión de Lula, quien aventajaba las preferencias de cara a las elecciones y dejaba abierto el camino electoral a Bolsonaro.<sup>6</sup> El latente, y a veces muy concreto, Estado de excepción garantizaba la legalidad del golpe, el terror garantizaba así la “transición democrática al autoritarismo”.

Con la ruptura del frágil consenso lulista, el eje de la dominación se desplazó hacia su aspecto más abiertamente represivo haciendo evidentes la continuidad y presencia de 1964, mostrando que efectivamente es el año que nunca terminó, ya que persisten sus efectos profundos en la psique social y en el carácter autoritario del Estado. Con la asunción de Bolsonaro, ese carácter histórico velado bajo el manto liberal democrático empezó a expresarse con toda nitidez y a reorganizar la dominación. Desde entonces las Fuerzas Armadas han ocupado ministerios y numerosos espacios del aparato estatal, hasta llegar a más de seis mil, y a través de esa ocupación lanzaron un programa de control e ideologización del sistema educativo, aumentando el gasto militar y los privilegios de su élite (Nepomuceno, 2021; Sampaio, 2020).<sup>7</sup> Además de esta militarización del Estado, constantemente lanzan la amenaza de culminar la reconfiguración autoritaria con un abierto golpe militar, como una espada de Damocles sobre la institucionalidad democrática liberal, por si es necesario prescindir de ella. De ahí la amenaza de Bolsonaro, y del general retirado Augusto Heleno, de cerrar el Congreso y el STF en marzo de 2020, o la amenaza de agosto de 2021 cuando, junto al ministro de defensa Walter Braga, advirtió que no habría

<sup>6</sup> El comandante del ejército durante el gobierno de Dilma, Vilas Boas, confirmó, en una serie de entrevistas publicadas como libro, que la amenaza transmitida por redes sociales a los miembros del tribunal fue escrita en conjunto por el Alto Comando del Ejército como parte de una campaña para evitar la elección de Lula. Vilas Boas afirma también que participó en varias reuniones con Temer para planificar la destitución de Dilma y que decidió participar en todos estos hechos debido a la gestión económica de la expresidenta y por la instauración de la Comisión de la Verdad que investigó los crímenes de la dictadura, políticas contra las que estaba en desacuerdo (Nepomuceno, 2021). Estas declaraciones no sólo ponen de manifiesto la relación entre el golpe parlamentario y la candidatura-elección-gobierno de Bolsonaro como parte de un solo proceso sino que muestran el papel que desde las sombras jugaba el ejército para dar y consolidar el golpe. Tanto esto como el rechazo a la Comisión de la Verdad, son evidencias de que efectivamente 1964 nunca acabó.

<sup>7</sup> En 2021 información periodística denunció, con datos oficiales, que el gobierno bolsonarista había otorgado el grado de mariscal a dos centenas de mandos militares de las diversas ramas de las Fuerzas Armadas, entre ellos, reconocidos miembros de tiempos de la dictadura, creando una suerte de nueva élite militar contraviniendo las propias normas de la institución para la obtención de tal nomenclatura pues en teoría ésta sólo puede ser entregada en tiempos de guerra. Este grado desde luego que va de la mano con un incremento de sus ingresos económicos o de una pensión para los herederos de aquellos a quienes se les otorgó el grado *post mortem* (Vasques, 2021).

elecciones en 2022 si no eran por voto en papel haciendo desfilar al ejército frente al edificio parlamentario para presionar por una reforma electoral en esa dirección, o cuando, contra las acusaciones judiciales en su contra, instigó motines policiales para el día de la conmemoración de la independencia en septiembre del mismo 2021.

El gobierno de Bolsonaro es el Estado de excepción permanente. Su administración implica la suspensión de la legalidad institucional, el terror como cotidianidad de la política; el miedo y la muerte son los instrumentos de su ejercicio del poder. La política seguida frente a la pandemia del Covid-19 lo certifica. Después de calificarla de “*gripinha*”, se opuso a cualquier medida de distanciamiento social promoviendo en cambio los actos públicos y la desobediencia para generar supuestamente la inmunidad de rebaño, también promovió el uso de medicamentos no certificados para el combate a esta enfermedad y rechazó la compra temprana de vacunas. Como resultado, para septiembre de 2021 Brasil era el segundo país con más muertes por el virus en el mundo –más de 580 mil. Un año después, se mantenía en el mismo sitio y era el tercero por cada 100 mil habitantes con más de 685 mil víctimas mortales.<sup>8</sup>

Siguiendo las ideas de Achille Mbembe, Barbosa ha señalado que Bolsonaro es una “versión radical de la necropolítica”, una versión extrema de la gestión de la muerte desde el poder, versión “periférica” del fascismo que por ello mismo no es realmente tal: “es un Hitler periférico, en el sentido de que practica una política potencialmente genocida y suicida, pero sin industria ni ejército. Él es el nazismo con otros medios, con medios periféricos” (Barbosa, 2020:141).

El gobierno de Bolsonaro no es ni puede caracterizarse estrictamente como un gobierno fascista, pues este fenómeno responde a un momento histórico determinado de las contradicciones interimperialistas (Boron, 2003).<sup>9</sup> Es, como bien dice Barbosa (2020:141), “una variación de las contradicciones entre el capitalismo y la vida”, una variación con profundos y desgarradores antecedentes en la historia de Brasil. El bolsonarismo es más bien la actualización del “*Estado do desaparecimento*” (Arantes, 2014) instalado por la dictadura, por ello su reivindicación del golpe de 1964 y su deseo de celebrarlo.

<sup>8</sup> Los datos de las defunciones provienen de la página del Coronavirus Resource Center de la Universidad Johns Hopkins. Dirección URL: <<https://coronavirus.jhu.edu/data/mortality>>. Consultada el 5 de septiembre de 2021 y el 20 de septiembre de 2022.

<sup>9</sup> Existen, sin embargo, interpretaciones que consideran que el régimen de Bolsonaro representa un proceso de fascistización derivado de la crisis y pugna de las diferentes fracciones de la burguesía, incapaces de mantener su hegemonía a través de una democracia parlamentaria (Coutinho, 2021). Algunas otras consideran que no son exactamente iguales los elementos del fascismo pero sí otros, principalmente ideológicos, que permiten caracterizar todo este ascenso conservador como neofascista: “en mi opinión, no hay en la sociedad brasileña ninguna fuerza social organizada identificada con el fascismo, sin embargo, por esas circunstancias de la historia, acabamos eligiendo un gobierno que tiene una ideología fascista. [...] sufrimos una derrota política con el golpe de Dilma, con la victoria de Temer, con la victoria del gobierno neofascista” (Stedile, 2020b).

De esta manera, el bolsonarismo hace evidente, legal y democrática la “excepción” que en realidad siempre ha formado parte del poder político desde la dictadura. Lleva a nivel nacional todo lo que siempre han vivido los pobres y excluidos: la cotidianidad del terror y la muerte como forma del poder y la administración social. En las favelas, el Estado de excepción siempre ha actuado a través de las milicias, grupos paramilitares que, como ha estudiado Souza (2021, 2019), son herederas directas del Golpe, el resultado de la ausencia, abandono o deficiencia del Estado: ellas son el Estado. Y lo son no solamente porque cumplen sus funciones de prestación de servicios, recaudación de impuestos y aplicación de la justicia, sino porque sus miembros forman parte de los propios cuerpos de seguridad del Estado y son parte del sistema político, son representantes institucionales: “Hay una continuidad del Estado. El sicario es votado, el miliciano es votado; tienen relaciones directas con el Estado. El miliciano es el Estado. [...] No es un poder paralelo. Se trata de un Estado que avanza en operaciones ilegales y se vuelve aún más poderoso que en el ámbito legal. Porque allá él dispone sobre la vida de la gente de manera totalitaria” (Souza, 2019).

La historia y existencia de las milicias son la prueba de que el terrorismo es parte consustancial del funcionamiento del Estado brasileño y esto no cambió con la “democratización”. La gestión de la muerte como mecanismo de dominación y explotación ha formado parte del sistema de manera ininterrumpida, aunque no siempre visible. La coyuntura actual la ha expuesto en toda su dimensión: los representantes actuales del poder son la continuidad de la herencia golpista. La propia familia Bolsonaro es su heredera, como lo muestran sus profundos nexos con la milicia (paramilitares) y la histórica reivindicación que han hecho de ella (Souza, 2019). No se puede olvidar que los militares garantizaron, a través de la Ley de Amnistía de 1979, que el régimen democrático liberal no pudiera juzgar sus crímenes, dejando incólume la estructura de poder de las fuerzas armadas, y que personeros del gobierno advirtieran la posibilidad de un Acto Institucional, figura legal que la dictadura utilizó para acentuar el régimen de violación de Derechos Humanos y persecución política frente a las protestas populares. El bolsonarismo es la normalización de la excepción para garantizar la acumulación; es la política de la muerte en nombre de la nación y la ganancia.

En nombre de ellas y con Paulo Guedes –otro Chicago Boy– como ministro de Economía, Bolsonaro continuó con las privatizaciones y la merma del poder de las instituciones encargadas de velar por los derechos sociales, laborales y ambientales. En 2019 llevó a cabo la tarea que Temer dejó pendiente y fue aprobada la regresiva reforma a las pensiones que elevó la edad mínima de jubilación e impuso un tiempo mínimo de cotización. También en ese año hubo recorte de personal de los ministerios de Salud y Educación, y el ministerio del Trabajo pasó a ser una secretaría dependiente del de Economía, lo cual, además, facilitó los procesos de flexibilización

laboral (Salas y Vollenwider, 2020). Respaldándose en la Ley de Contención Presupuestal continuaron los recortes a la educación: en el año 2019 hubo una reducción de mil 700 millones de reales y en 2021 el bono de apoyo a las universidades llegó a su punto más bajo con apenas 296 mil beneficiados, casi 30 por ciento menos que el año anterior y el número más bajo desde 2013. En noviembre de 2020, en plena pandemia, retiró el programa Bolsa Familia a 400 mil beneficiarios (*Correio Braziliense*, 2021; Sampaio, 2020; *Telesur*, 2021).

En el terreno agrícola, el gobierno de Bolsonaro condujo una política de expansión del agronegocio contraria a la conservación ambiental y a la reforma agraria. Para desbloquear legalmente la expansión de la frontera extractivista se impulsó la Ley 490 y su llamado “arco temporal”, con la intención de impedir la demarcación de tierras que no estuvieran ocupadas por indígenas luego de la Constitución de 1988, obviando así los procesos de despojo y aniquilamiento previos e incluso abriendo la puerta a revertir demarcaciones ya realizadas. Se buscó anular las Ordenanzas de Protección Territorial que protegían a los territorios de las comunidades indígenas, aún aisladas del mundo occidental, para abrirlas a la explotación de sus recursos naturales (*Survival*, 2021; Tavares, 2021b), sin mencionar que en el Registro Ambiental Rural 287 tierras formalmente protegidas fueron inscritas como propiedad de terratenientes, convirtiéndolas en instrumento del despojo (Dallabrida y Fernandes, 2020).

Se buscó también disminuir la protección institucional de estos temas al promoverse la reducción de facultades de la Fundación Nacional del Indio (FUNAI) y de instituciones encargadas de velar por el medio ambiente como el Instituto Nacional de Pesquisas Espaciales (INPE) y el Instituto Brasileño del Medio Ambiente y los Recursos Nacionales Renovables (IBAMA), en los cuales incluso se han denunciado despidos y persecuciones políticas de funcionarios fiscalizadores. De esta manera, durante el año 2020 aumentó el número de incendios y se redujo la aplicación de sanciones a pesar de las denuncias ambientales (Lautaro, 2020). Como resultado, se intensificaron las agresiones contra los movimientos campesinos e indígenas vinculados a la defensa del territorio y es significativo el crecimiento del área deforestada en la Amazonia.<sup>10</sup>

En suma, con Bolsonaro se fomentó e intensificó la inversión extranjera en la economía y el patrón extractivo-exportador como eje de la acumulación. Sólo en su primer año de gobierno, se privatizaron cinco empresas públicas más y se anunció un plan de venta de otras tantas, como Eletrobras (Salas y Vollenwider, 2020). Con

<sup>10</sup> Como ejemplo de las agresiones hacia estos sectores puede verse la entrevista a [Angela Mendes](#), activista ambiental y coordinadora del Comité Chico Mendes de defensa ambiental (Sudré, 2020). Stedile (2020a) detalla todas las medidas tomadas contra el movimiento campesino y los trabajadores agrícolas en el primer año de gobierno de Bolsonaro, tiempo en el cual se realizaron 160 actos de agresión o invasión de tierras indígenas por latifundistas y 29 líderes campesinos, indígenas o negros fueron asesinados.

Temer, la producción del sector industrial cayó 6.6 por ciento (*Telesur*, 2018b), y en 2019 representaba sólo 21 por ciento del PIB (Gil, 2020). La deuda del país pasó de 52 por ciento del PIB en enero de 2011 a casi 90 por ciento en marzo de 2021. Bolsonaro ha cumplido el programa de las élites financieras y agroalimentarias, a la par de la reconfiguración autoritaria del poder que actualiza la excepción, el terror y la muerte como formas principales de la dominación.

¿Qué nos deja entonces la más reciente década de lucha de clases en Brasil? Desde el punto de vista del desarrollo de una economía nacional, más productiva e integrada, se trata de una “nueva década perdida”. Durante este periodo se acentuó el dominio del capital financiero, la desindustrialización y la reprimarización. De 2010 a 2019 las ganancias anuales de los cuatro bancos más grandes del país pasaron de 38 mil 910 millones de reales a 81 mil 510 millones de reales. Mientras esto sucedía, el conjunto de la economía sólo creció un promedio de 0.27 por ciento de 2011 a 2020. La producción industrial de 2020 fue 12.4 por ciento menor respecto a 2011. En sentido contrario, entre 2000 y 2020, la participación de las *commodities* en las exportaciones se duplicó. Tal participación, además, está fuertemente concentrada pues sólo 2 por ciento de los establecimientos rurales se apropian de 71 por ciento del total (Paraná, 2021).

Dicha década está marcada tanto por el intento de continuidad primero, y el derrocamiento del lulismo después, como por la emergencia, desde sus ruinas, del autoritarismo. Dos fenómenos fundamentales caracterizan estos años: por un lado, el agotamiento del lulismo como especificidad brasileña de los progresismos latinoamericanos, es decir, el agotamiento de la política de conciliación y de las condiciones económicas que la hacían posible; y por otro, la reestructuración autoritaria del poder sobre ese agotamiento. Giro conservador que evidencia tanto las contradicciones de ese proyecto como la continuidad de los profundos efectos del pasado dictatorial en la sociedad y el Estado brasileños. La existencia del bolsonarismo ha mostrado cómo la política brasileña se desenvuelve en el marco de una suerte de contrarrevolución permanente, sin que haya habido revolución; una reacción que se anticipa a la posibilidad que aborta la revolución antes de gestarse.

El resultado del intento de prolongar la conciliación lulista en la nueva coyuntura nacional y global ha sido la profundización neoliberal y la reconfiguración autoritaria del Estado. El saldo de la década es de derrota para las clases populares y de ascenso conservador en la sociedad civil y política. Las calles y las conciencias abandonadas por el petismo-lulismo fueron ocupadas por la derecha. Mientras aquél promovía la conciliación y la despolitización, el conservadurismo avanzó en la organización y cooptación de amplios sectores sociales para llevar adelante su campaña “contra el comunismo” que confundió a las supuestas clases medias y le dio su base social al



bolsonarismo.<sup>11</sup> El giro conservador y su reestructuración autoritaria del poder son prueba del fracaso histórico del lulismo. Por ello, ante la posibilidad de un nuevo gobierno de Lula cabe entonces preguntarse: ¿qué implica para las perspectivas populares y de izquierda una reedición de este progresismo?; ¿qué nos dice esta posibilidad sobre las perspectivas de un nuevo ciclo progresista en la región?

### **Perspectivas populares ante la reedición progresista: la necesidad de repensar la utopía**

Todas las encuestas sobre las preferencias electorales muestran que Lula sería triunfador en la contienda presidencial por venir. Aunque la ventaja registrada no parece alcanzarle para obtener la victoria en la primera vuelta, todas muestran que lo haría en la segunda. Ante este escenario, la burguesía brasileña –que ha respaldado el asalto conservador al poder desde el golpe parlamentario a Dilma hasta la candidatura-gobierno de Bolsonaro– tiene dos opciones: culminar la consolidación de un régimen regresivo y autoritario con un golpe de Estado en toda su expresión o aceptar la derrota electoral y establecer un nuevo pacto con el lulismo. La primera opción ha sido ya esbozada en diversos momentos por el propio Bolsonaro y por miembros de las Fuerzas Armadas, de manera que si llegara a suceder, las tendencias económicas y políticas que hemos descrito se agudizarían al extremo, y las clases populares y sus organizaciones tendrían que desarrollar nuevas formas de lucha para resistirlas; la lucha contra el autoritarismo determinaría el eje de la lucha de clases. La reedición de un gobierno de Lula plantearía en cambio una dinámica más compleja para estas luchas.

Tal complejidad tiene que ver con la confusión al caracterizar lo que realmente representaría un nuevo gobierno progresista y las implicaciones que éste tendría para las perspectivas populares. Hay posiciones que sostienen que tal escenario representaría un triunfo de la izquierda y la democracia (Sader, 2021b, 2021c). Sin embargo, los hechos han mostrado que los triunfos y gobiernos del PT fueron posibles porque en su momento resultaron funcionales al capital garantizando la hegemonía sobre las clases populares. Cuando se volvieron un estorbo a la acumulación simplemente fueron desechados igual que los obstáculos institucionales. Cuando así lo requiere la acumulación, el capitalismo desecha la fachada democrática. De tal manera que un nuevo gobierno de Lula tendría que ser visto ante todo como un intento de las élites por resolver desde arriba la crisis de legitimidad del poder y no como un triunfo

<sup>11</sup> Zibechi (2020) ha señalado que por lo menos desde 2007, los grupos conservadores empezaron a organizarse, a hacer realizar manifestaciones públicas y a expandirse al interior de las universidades estatales. Por ello considera que en el momento del *impeachment* ya eran una fuerza con experiencia y capacidad para reorientar las manifestaciones en sentido conservador. Además, señala que a diferencia de décadas anteriores, esta derecha es bastante activa y militante.

de la izquierda o el restablecimiento de la democracia. Las interpretaciones más obscuentes con el lulismo que así lo consideran, olvidan que el principal objetivo de una política de ese signo debe ser promover la organización y politización de las clases trabajadoras para hacer posible la emergencia de un sujeto colectivo capaz de transformar la realidad, y que en su sentido epistemológico y revolucionario la democracia sólo puede ser el autogobierno popular.

Como vimos, la esencia del progresismo brasileño ha sido contraria a estos dos planteamientos. La principal consecuencia de sus gestiones fue la despolitización del mundo popular. La alienación de la soberanía bajo el liderazgo lulista provocó que la mayoría de las organizaciones de los trabajadores se subordinaran al proyecto del PT y sus concepciones. Concepciones en las cuales la política se redujo a lo posible dentro del marco institucional y la economía se limitó a promover una menos agresiva gestión del capitalismo. Con ese marco de acción y pensamiento, la izquierda quedó atrapada en el campo de la *real politik* apoyando la gestión progresista del capital y renunciando a la crítica radical para evitar un retroceso conservador que revirtiera los “logros” sociales. Así, por ejemplo, en los sucesivos procesos electorales siempre se llamó a votar por Lula o Dilma para evitar un gobierno más reaccionario y se renunció a impulsar un proyecto independiente.<sup>12</sup> Aun después del Golpe, el PT no modificó su visión y siguió privilegiando una política exclusivamente institucional basada en acuerdos y consensos elitistas –inclusive con las fuerzas partidistas que apoyaron la ruptura constitucional–, buscando ganar las elecciones estatales y el congreso de 2018. La misma lógica ha impuesto Lula en su nueva campaña electoral persistiendo en la búsqueda de pactos y negociaciones con la burguesía para garantizar un nuevo triunfo. Muestra de ello es la designación de Geraldo Alckmin –eterno opositor durante sus gestiones, claro defensor del neoliberalismo y también participante en el Golpe– como vicepresidente de su fórmula electoral. Antes que una candidatura y un triunfo basados en la movilización popular, Lula insiste en un gobierno construido en negociación con las clases dominantes a las que ha prometido el control de los trabajadores.

Esa hegemonía sobre el campo popular imposibilitó pensar y repensar modelos sociales distintos, ha impedido pensar y conceptualizar formas posibles de superar la sociedad actual manteniendo a las clases populares y a las organizaciones de izquierda en el marco de la política como la entiende y la quiere el capitalismo. Bajo la hegemonía lulista la acción política se limitó a lo posible dentro de los marcos de la conciliación de clases y todo lo demás fue calificado, empezando por el propio

<sup>12</sup> La excepción más importante ha sido el Partido Socialismo y Libertad que desde su fundación –a partir de una escisión del PT más hacia la izquierda– ha tratado de impulsar un proyecto socialista presentando candidatos propios. Sin embargo, en la actual coyuntura ha quedado inmerso en la misma dinámica binaria (Cfr. Arcary, 2021a; Casoni, 2021).

Lula, como imposible e irresponsable. De esta manera, el progresismo consolidó la limitación del horizonte utópico que la dictadura había impuesto y que es quizá uno de los resultados más duraderos y profundos de la derrota histórica sufrida en los años sesenta (Salles, 2013).

El lulismo, contrario a lo que muchos suponen, ha impedido a la sociedad brasileña soñar. Si la burguesía brasileña acepta, por cuestión táctica o coyuntural, un nuevo gobierno de Lula, éste será en un escenario internacional y local que restringirá aún más su margen de maniobra, y ello lo obligará a acentuar la desmovilización y desideologización popular para mantener la aceptación burguesa. Se detendría entonces el avance político que ha logrado la lucha contra los diferentes momentos del Golpe y su programa ultraliberal. Estas luchas surgieron como resultado de las contradicciones burguesas y no de la organización social, pero en el desarrollo de la conflictividad han ido avanzando organizativa y programáticamente (Stedile, 2020b). Desde el año 2013 asistimos a una polarización social que ha permitido la reconfiguración del mundo popular de la cual surgieron polos de articulación como el Frente Brasil Popular y el Frente Povo Sem Medo, y grandes movilizaciones para exigir la destitución de Bolsonaro como las acaecidas en mayo y junio de 2020 (Tavares, 2021a). En esas articulaciones se planteó como horizonte de acción una Asamblea Constituyente que pudiera servir de bandera para dotar de orientación común a todas las luchas y trascender los marcos actuales de resistencia.

Llevar adelante un proyecto de esa naturaleza hasta sus últimas consecuencias, una refundación radical de la nación, supone, entre otras cosas, recuperar la vía extra-parlamentaria de lucha. Para que un proceso constituyente cumpliera realmente su objetivo no podría ser el resultado de una negociación parlamentaria ni mucho menos el resultado de una cooptación institucional del movimiento de masas –véase por ejemplo el caso chileno. Demandaría romper los límites de la política consensual y democrático-burguesa, y avanzar en un proyecto nítidamente popular, si no, terminaría siendo subordinado a la lógica desmovilizadora del progresismo. En este sentido, un nuevo gobierno de Lula tratará de atenuar la lucha y mantenerla en el marco de la institucionalidad capitalista y de sus marcos de pensamiento. Constreñida a su visión y práctica sistémica de la política, será difícil actuar y pensar más allá del capitalismo, cuando es lo que el momento histórico demanda.

El contexto global ha modificado las condiciones que hicieron posible cierta distribución de la riqueza para garantizar la pasividad social. La crisis capitalista y su necesidad de aumentar la expropiación del trabajo y la naturaleza harán más difícil encontrar los recursos para mantener los programas sociales sin transformaciones estructurales. La precariedad que esto supone, tenderá a erosionar más rápidamente el apoyo social. Sin la base económica del consenso y sin intención de radicalización, quedará la represión. Además la crisis derivada de la pandemia de Covid-19 creó un

nuevo escenario, la gravedad de tal crisis hizo evidente una vez más la inviabilidad del capitalismo para solventar las necesidades humanas y mostró la posibilidad de superarlo reabriendo los debates sobre las formas de una posible sociedad poscapitalista.

La regulación y planificación económica que en los hechos muchos gobiernos tuvieron que aplicar para sortear las dificultades derivadas de la escasez de recursos son indicios de que otras formas de gestión de la producción social son posibles. La elaboración de vacunas en un tiempo récord mostró que la ciencia y la técnica puestas en función de las necesidades sociales pueden resolver muchos de los males que hoy aquejan al mundo. Asimismo, la paralización de actividades innecesarias a la reproducción de la vida, también mostró que el capital no es un hecho natural e incontrolable sino una forma de organización social creada por el hombre, una construcción histórica que bien puede ser cambiada por él mismo. Esos hechos, contrarios a la lógica de la búsqueda de ganancia aun en la muerte, muestran la posibilidad de pensar y hacer otro mundo.

Las condiciones económicas son adversas a una reedición de una política distributiva sin transformaciones estructurales y ello demanda también una evolución subjetiva. Si cuando el PT asumió el gobierno por primera vez, lo único viable, tras la caída del “socialismo real”, parecía ser una mejor gestión del capitalismo, hoy los tiempos demandan retomar la utopía para poder avanzar. Por ello, la izquierda brasileña no puede seguir subordinada al progresismo lulista y sus intentos de alianzas fantásticas, pues quedaría al margen de la nueva época en curso. Frente a una nueva gestión progresista, la política debe ser profundizar todas las políticas de contenido social y atacar abiertamente las que garanticen la continuidad del sistema.

El argumento del Golpe no puede servir de pretexto para contener las aspiraciones populares pues hemos visto que la violencia y el terror son parte consustancial del poder desde aquel 1964 y pueden hacerse más explícitos si así lo requiere el capital. Aunque Lula gane no desaparecerá la sombra del terror, la posibilidad de un Golpe de mano estará latente en cualquier momento cuando la burguesía lo considere necesario, el Estado de excepción –latente o evidente– es su garantía, pues mientras la sociedad brasileña no logre poner fin a lo que representó el año 1964, su continuidad en la cultura política y en el aparato estatal permanecerá.

El triunfo de Lula podrá tratar de reeditar un pacto interclasista, pero éste se hará en condiciones económicas mundiales que limitarán su margen de acción y gestión del conflicto social, por ello, demandará profundizar los aspectos más nocivos para la izquierda: la despolitización y la desideologización. Si pensamos a los “nuevos” progresismos en ese contexto, no es posible augurar un futuro de transformaciones sustanciales, incluso, es evidente que esta segunda ola tiene un carácter más conservador. Los gobiernos de la región que supuestamente serían la punta de lanza

de esta nueva ola progresista –México y Argentina– muestran que sus gestiones se encuentran con condiciones globales adversas que no les permiten desplegar ni siquiera políticas efectivamente antineoliberales; en cambio, continúan profundizando el extractivismo, el endeudamiento externo y hasta el militarismo. Cada vez es más evidente que las metas del progresismo latinoamericano sólo pueden ser alcanzadas yendo más allá de él.

Tras las derrotas de los años sesenta, setenta y la “década perdida”, el progresismo dio cuenta de un momento de resistencia y acumulación de fuerzas que sólo pudo expresarse en clave antineoliberal, pero que ha sido incapaz de definir con claridad sus objetivos positivos. Hoy, sin embargo, esa meta es insuficiente y anacrónica pues se muestra inviable como estrategia económica y referente político. Para poder avanzar, las fuerzas populares necesitan superar ideológicamente sus limitadas concepciones. En un marco histórico de derrota del socialismo este-europeo y de expansión del “pensamiento único” que promulgaba el “fin de la historia”, los progresismos latinoamericanos se vieron constreñidos para enarbolar proyectos antisistémicos. Salvo la Revolución Bolivariana que esbozó y adelantó, aunque hoy están en retroceso, ideas y prácticas para renovar el socialismo, el resto de países dejaron este horizonte para un futuro lejano (Bolivia), lo usaron como discurso enmascarador (Ecuador), simplemente renunciaron a él (Brasil y Uruguay) o nunca fue parte de sus concepciones (Argentina).

Resultados en gran medida de las resistencias al neoliberalismo, de grandes movilizaciones de masas y luchas de los pueblos contra la explotación y el despojo, los progresismos han desperdiciado, sin embargo, la energía social de la que surgieron al quedar restringidos por la racionalidad económica y política dominante. De hecho, un buen referente para valorar sus avances pudiera ser analizar la correlación entre la movilización y la organización previa a la constitución en gobierno y los proyectos planteados una vez en el poder.

En Argentina y Ecuador se encargaron de desmovilizar e incluso de atacar la organización popular. En estos casos, el movimiento piquetero –que había promovido la construcción de nuevas realidades políticas y económicas– y el movimiento indígena –portador de una racionalidad alternativa al capitalismo– fueron cooptados, perseguidos y descalificados, no impulsados. En Argentina, en nombre del “capitalismo serio” (Cristina Fernández), y en Ecuador, por la apropiación y tergiversación de los discursos del “Buen vivir”. En Bolivia, con una cultura comunitaria indígena y de organización obrera sobresaliente, el Movimiento al Socialismo (MAS) no la impulsó a nuevos niveles ni buscó profundizarla o utilizarla como base de un poder popular que pudiera anticipar un horizonte pos capitalista. Éste se dejó para un futuro lejano, para una segunda etapa que seguiría al “capitalismo andino-amazónico” (García Linera). Aún así, la densidad comunitaria ha persistido con tal fuerza que permitió

revertir el golpe de Estado. En Venezuela, en cambio, más allá de El Caracazo, que fue una expresión generalizada de descontento contra la precariedad, en realidad no había una organización social de magnitud. A pesar de ello, el proyecto del Socialismo del Siglo XXI, impulsado por Hugo Chávez, promovió la conformación de una economía y un poder popular comunal como base de un proyecto que aspiraba a superar el capitalismo. En este caso, el proyecto planteado fue más allá de lo que las condiciones subjetivas parecían indicar como posible. Hoy, sin embargo, las contradicciones de haber impulsado la conformación de un nuevo poder desde el viejo Estado se han hecho evidentes y parecen llegar a su límite, aunque éstas han estado presentes desde su origen (Zendejas, 2014). En el caso de Brasil vimos que el objetivo antisistémico fue abandonado mucho antes de ser gobierno y bajo su gestión se terminó por definir como un partido del orden. Por eso son ilusas las interpretaciones que piden al PT convertirse en vanguardia de una nueva lucha revolucionaria que movilice a los trabajadores y busque superar su actuar previo (Sader, 2021b).

Como producto de la derrota socialista del siglo pasado y de sus profundos efectos en el pensamiento de izquierda, todos los progresismos se vieron afectados por la ausencia de un proyecto ideológico definido. Por ello, la mayoría se dedicó a gestionar el capital renunciando, abierta o veladamente, a superarlo. Y cuando se lo plantearon, lo hicieron desde marcos de interpretación que carecían de un análisis crítico acerca del funcionamiento del sistema dominante; adolecían, o apenas empezaban a elaborarlos, de elementos teóricos que pudieran orientar una praxis revolucionaria. Desarrollaron su política dominados no sólo por las relaciones capitalistas de producción como sistema mundial sino también por su hegemonía en el mundo de las ideas lo que les impidió pensar más allá de ellas. La izquierda latinoamericana necesita recuperar la utopía para poder superar los límites de la democracia formal y de la ilusión de construir un capitalismo con rostro humano, pues tales concepciones han atrapado al progresismo en la racionalidad política y económica dominante coartando el impulso popular y el pensamiento crítico.

Si la izquierda brasileña y latinoamericana sigue subordinada al pragmatismo progresista prolongará la crisis del sistema y su posible solución. En el caso específico brasileño, prevalecerá en su seno un horizonte utópico limitado, impidiéndole pensar más allá de la racionalidad sistémica, y será incapaz de ensayar y pensar nuevas formas políticas y económicas. Es más que sabido que Lula solamente pretende administrar el capital y no transformarlo, las fuerzas populares y de izquierda deberían actuar desde esta premisa y sin falsas ilusiones, de manera que el eventual fracaso de la conciliación no sea una salida conservadora sino revolucionaria.

## Bibliohemerografía

- ANDERSON, Perry (2016), "Crisis en Brasil", en Pablo Gentili (editor), *Golpe en Brasil. Genealogía de una farsa*, Buenos Aires, CLACSO/Octubre Editorial.
- ARANTES, Paulo (2014), *O novo tempo do mundo*, São Paulo, Boitempo.
- ARCARY, Valerio (2021a), "Ocho notas sobre el dilema del PSOL", en *Correspondencia de Prensa*, 28 de marzo. Dirección URL: <<https://correspondenciadeprensa.com/?p=17757>>.
- ARCARY, Valerio (2021b), "13 de junio de 2013", en *Rebelión*, 18 de junio. Dirección URL: <<https://rebellion.org/13-de-junio-de-2013/>>.
- BARBOSA, Fabio (2020), "Bolsonaro en la pandemia: de la revolución al lulismo al revés", en Carolina BAUTISTA, Anahí DURAND y Hernán OUVIÑA (compiladores), *Estados Alterados: reconfiguraciones estatales, luchas políticas y crisis orgánica en tiempos de pandemia*, Buenos Aires, CLACSO/Muchos Mundos Ediciones/Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe (IEALC), Universidad de Buenos Aires.
- BETTO, Frei (2010), "El gobierno de Dilma y el Brasil real", en *Vientosur*, 17 de noviembre. Dirección URL: <<https://vientosur.info/el-gobierno-de-dilma-y-el-brasil-real/>>.
- BORON, Atilio (2003), *Estado, capitalismo y democracia en América Latina*, Buenos Aires, CLACSO.
- CASONI, Gabriel (2021), "El futuro del PSOL en juego", en *Jacobin*, 27 de agosto. Dirección URL: <<https://jacobinlat.com/2021/08/27/el-futuro-del-psol-en-juego/>>.
- CAVALCANTE, Cristina (2020), "De Lula a Bolsonaro: la crisis del progresismo en Brasil", en *Cadernos do CEAS. Revista Crítica de Humanidades*, Salvador, Recife, Centro de Estudos e Ação Social, vol. 45, núm. 250, mayo-agosto.
- CORREIO BRAZILIENSE (2021), "Bolsas do ProUni diminuem quase 1/3 em um ano", en *Correio Braziliense*, 15 de julio. Dirección URL: <<https://www.correio braziliense.com.br/brasil/2021/07/4937789-bolsas-do-prouni-diminuem-quase-1-3-em-um-ano.html>>.
- COUTINHO, Joana (2021), "Democracia debilitada: a ascensão do fascismo no Brasil", en *Revista Binacional Brasil-Argentina: Diálogo entre as Ciências*, Vitória da Conquista, Bahia-Santa Fe, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral/Universidade Estadual do Sudoeste da Bahia, vol. 10, núm. 1, junio.
- DALLABRIDA, Poliana y Sarah FERNANDES (2020), "Terras em 297 áreas indígenas estão cadastradas em nome de milhares de fazendeiros", en *De olho nos ruralistas. Observatório do agronegócio no Brasil*, 27 de octubre. Dirección URL: <<https://deolhonosruralistas.com.br/2020/10/27/terras-em-297-areas-indigenas-estao-cadastradas-em-nome-de-milhares-de-fazendeiros/>>.
- FEBBRO, Eduardo (2018), "Los evangelistas en Brasil ocuparon el espacio del Estado", en *Rebelión*, 18 de octubre. Dirección URL: <<https://rebellion.org/los-evangelistas-en-brasil-ocuparon-el-espacio-del-estado/>>.
- GENRO, Tarso (2019), "El desafío democrático en Brasil. Logros y desafíos pendientes

- de los gobiernos de Lula y Dilma”, en Lucila Rosso y Daniel FILMUS (compiladores), *Las sendas abiertas en América Latina: aprendizajes y desafíos para una nueva agenda de transformaciones*, Buenos Aires, CLACSO.
- GIL, Eric (2020), “2019 é marcado pelo avanço da reprimarização da economia brasileira”, en *Esquerda Online*, 3 de enero. Dirección URL: <<https://esquerdaonline.com.br/2020/01/03/2019-e-marcado-pelo-avanco-da-reprimarizacao-da-economia-brasileira/>>.
- GOLDSTEIN, Ariel (2016), “La tormenta perfecta: crisis e *impeachment* en el segundo mandato de Dilma Rousseff”, en *Análisis Político*, Bogotá, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (IEPRI), Universidad Nacional de Colombia, vol. 29, núm. 88, septiembre-diciembre.
- IANNI, Octavio (1977), “Populismo y relaciones de clase”, en Gino GERMANI, Torcuato DI TELLA y Octavio IANNI, *Populismo y contradicciones de clase en Latinoamérica*, México, Era.
- INSTITUTO TRICONTINENTAL DE INVESTIGACIÓN SOCIAL (2021), “Los desafíos de la izquierda en Brasil”, en *Dossier 40*. Dirección URL: <<https://thetricontinental.org/es/dossier-40-izquierda-brasilera/>>.
- KATZ, Claudio (2014), “¿Qué es el neo-desarrollismo? II-Una visión crítica. Argentina y Brasil”, en *La página de Claudio Katz. Textos de ciencias sociales*, 16 de julio. Dirección URL: <<https://katz.lahaine.org/que-es-el-neo-desarrollismo-ii-una-vision-critica-argentina-y-brasil/>>.
- KATZ, Claudio (2016), “Desenlaces del ciclo progresista”, en *La página de Claudio Katz. Textos de ciencias sociales*, 25 de enero. Dirección URL: <<https://katz.lahaine.org/desenlaces-del-ciclo-progresista/>>.
- LAUTARO, Ignacio (2020), “La gestión ambiental de Bolsonaro bajo la lupa”, en *El agrario*, 30 de agosto. Dirección URL: <<https://www.elagrario.com/internacional-la-gestion-ambiental-de-bolsonaro-bajo-la-lupa-24968.html>>.
- LAVINAS, Lena y Denise GENTIL (2018), “Brasil anos 2000. A política social sob regência da financeirização”, en *Novos Estudos*, São Paulo, Centro Brasileiro de Análise e Planejamento (CEBRAP), vol. 37, núm. 2, mayo-agosto.
- LÓPEZ, Francisco (2016), *América Latina: crisis del posneoliberalismo y ascenso de la nueva derecha*, Buenos Aires, CLACSO.
- LÖWY, Michael (2010), “La “mosca azul” del poder y el social-liberalismo. Un primer balance del gobierno de Lula en Brasil”, en Franck GAUDICHAUD (coordinador), *El volcán latino-americano. Izquierdas, movimientos sociales y neoliberalismo al sur del Río Bravo. Balance de una década de luchas: 1999-2009*. Dirección URL: <<http://www.rebelion.org/docs/115701.pdf>>.
- MAIANA, Diniz (2018), “Aumenta la brecha entre ricos y pobres en Brasil. Según Oxfam, Brasil es el noveno país más desigual del planeta”, en *Agencia Brasil*, 30 de noviembre. Dirección URL: <<https://agenciabrasil.ebc.com.br/es/direitos-humanos/noticia/2018-11/aumenta-la-brecha-entre-ricos-y-pobres-en-brasil>>.
- MODONESI, Massimo (2018), “México: el gobierno progresista ‘tardío’. Alcances y



- límites de la victoria de AMLO”, en *Nueva Sociedad*, Buenos Aires, Fundación Foro Nueva Sociedad, núm. 276, julio-agosto.
- NEPOMUCENO, Eric (2014), “Brasil: Dilma rumbo a su segunda oportunidad”, en *La Jornada*, México, 5 de enero.
- NEPOMUCENO, Eric (2021), “Brasil. El exjefe del Ejército brasileño reveló que la cúpula castrense conspiró contra la liberación de Lula da Silva”, en *Resumen Latinoamericano*, 11 de febrero. Dirección URL: <<https://www.resumenlatinoamericano.org/2021/02/11/brasil-el-exjefe-del-ejercito-brasileno-revelo-que-la-cupula-castrense-conspiro-contrala-liberacion-de-lula-da-silva/>>.
- OLIVEIRA, Francisco de (2009), “Hegemonía a la inversa”, en Enrique ARCEO y Eduardo BASUALDO, *Los condicionantes de la crisis en América Latina. Inserción internacional y modalidades de acumulación*, Buenos Aires, CLACSO.
- OLIVEIRA, Francisco de (2011), *Brasil actual: retos y complejidades*, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, 24 de junio, Conferencia en el Coloquio Internacional “Logros y retos del Brasil Contemporáneo”.
- QUALALOU, Lamia (2019), “Los evangélicos y el hermano Bolsonaro”, en *Nueva Sociedad*, Buenos Aires, Fundación Foro Nueva Sociedad, núm. 280, marzo-abril.
- OUVIÑA, Hernán (2020), “El Estado y la reactivación del Ciclo de Impugnación al Neoliberalismo en América Latina (2019-2020)”, en Carolina BAUTISTA, Anahí DURAND y Hernán OUVIÑA (editores), *Estados Alterados: reconfiguraciones estatales, luchas políticas y crisis orgánica en tiempos de pandemia*, Buenos Aires, CLACSO/Muchos Mundos Ediciones/Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe (IEALC).
- PARANÁ, Edemilson (2021), “La nueva década perdida de Brasil”, en *Jacobin*, 7 de junio. Dirección URL: <<https://jacobinlat.com/2021/06/07/la-nueva-decada-perdida-de-brasil/>>.
- RÍOS, José (2018), “Tres etapas del golpe “blando” en Brasil. Hacia una rearticulación social del capital”, en *Revista de Ciencias Sociales*, Montevideo, Departamento de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, vol. 31, núm. 43, julio-diciembre.
- SADER, Emir (2021a), “De la muerte de la política a la política de la muerte”, en *Rebelión*, 27 de mayo. Dirección URL: <<https://rebelion.org/de-la-muerte-de-la-politica-a-la-politica-de-la-muerte/>>.
- SADER, Emir (2021b), “La cuestión central de Brasil: la redemocratización”, en *Rebelión*, 16 de junio. Dirección URL: <<https://rebelion.org/la-cuestion-central-de-brasil-la-redemocratizacion/>>.
- SADER, Emir (2021c), “¿Por qué Brasil se divide entre Lula y Bolsonaro?”, en *Rebelión*, 21 de junio. Dirección URL: <<https://rebelion.org/por-que-brasil-se-divide-entre-lula-y-bolsonaro/>>.
- SALAS, Amílcar y Camila VOLLENWIDER (2020), “El primer año de gobierno de Bolsonaro”, en *Centro Estratégico Latinoamericano de Geopolítica*, 1 de enero. Dirección URL: <<https://www.celag.org/brasil-el-primer-ano-de-gobierno-de-bolsonaro/>>.

- SALLES, Severo (2013), *Lucha de clases en Brasil (1960-2010)*, Buenos Aires, Peña Lillo/Ediciones Continente.
- SAMPAIO, Cristiane (2020), "Militarismo, privatización y recorte de recursos en Educación", en *Brasil de Fato*, 7 de enero. Dirección URL: <<https://www.brasildefato.com.br/2020/01/07/retrospectiva-2019-or-militarismo-privatizacion-y-recorte-de-recursos-en-educacion>>.
- SOUZA, José (2019), "Brasil: en Rio de Janeiro la milicia no es un poder paralelo, es el Estado. Entrevista", en *Sinpermiso*, 9 de junio. Dirección URL: <<https://www.sinpermiso.info/textos/brasil-en-rio-de-janeiro-la-milicia-no-es-un-poder-paralelo-es-el-estado-entrevista>>.
- SOUZA, José (2021), "Tanatocracia bolsonarista: a produção da morte como projeto de poder", en *Contrapoder*, 14 de abril. Dirección URL: <<https://contrapoder.net/colunas/tanatocracia-bolsonarista-a-producao-da-morte-como-projeto-de-poder/>>.
- STEDILE, João Pedro (2020a), "Os retrocessos do governo na política agrária, agrícola e ambiental", en *Brasil de Fato*, 2 de enero. Dirección URL: <<https://www.brasildefato.com.br/2020/01/02/artigo-or-retrocessos-na-politica-agraria-agricola-e-ambiental-por-stedile>>.
- STEDILE, João Pedro (2020b), "Como Lula decía: 'todos ganaron un poco, aun cuando los banqueros ganaran más', entrevista de Severo Salles a João Pedro Stedile", [archivo de video], 23 de abril.
- STEFANONI, Pablo (2019a), "El teórico de la conspiración detrás de Bolsonaro. Olavo de Carvalho y la extrema derecha en Brasil", en *Nueva Sociedad*, enero. Dirección URL: <<https://nuso.org/articulo/conspiracion-bolsonaro-olavo-carvalho/>>.
- STEFANONI, Pablo (2019b), "¿Hacia un kirchnerismo herbívoro?", en *Nueva Sociedad*, junio. Dirección URL: <<https://nuso.org/articulo/argentina-kirchnerismo-macri-alberto-fernandez-cfk/>>.
- SUDRÉ, Lu (2020), "'É o agronegócio que está dando as cartas no país', crítica filha de Chico Mendes", en *Brasil de Fato*, 23 de enero. Dirección URL: <<https://www.brasildefato.com.br/2020/01/23/e-o-agronegocio-que-esta-dando-as-cartas-no-pais-critica-filha-de-chico-mendes/>>.
- SURVIVAL (2021), "Protestas mundiales mientras el Tribunal Supremo de Brasil se dispone a dictar una sentencia histórica sobre los derechos indígenas", en *Survival*, 21 de agosto. Dirección URL: <<https://www.survival.es/noticias/12636>>.
- TAVARES, Elaine (2021a), "Ecos del 19 de junio en Brasil", en *Rebelión*, 23 de junio. Dirección URL: <<https://rebellion.org/ecos-del-19-de-junio-en-brasil/>>.
- TAVARES, Elaine (2021b), "La batalla indigenista continúa", en *Rebelión*, 4 de septiembre. Dirección URL: <<https://rebellion.org/la-batalla-indigenista-continua/>>.
- TELESUR (2018a), "Balance económico y social de Brasil bajo el Gobierno de Temer", en *Telesur*, 4 de octubre. Dirección URL: <<https://www.telesurtv.net/news/brasil-balance-economico-social-gobierno-michel-temer-20181004-0003.html>>.
- TELESUR (2018b), "¿Cuál es el balance del Gobierno de Michel Temer en Brasil?", en

- Telesur*, 28 de diciembre. Dirección URL: <<http://f1.telesurtv.net/news/gestion-gobierno-presidente-de-facto-michel-temer-brasil-20181228-0032.html>>.
- TELESUR (2021), “Dos años de mandato de Bolsonaro”, en *Telesur*, 1 de enero. Dirección URL: <<https://www.telesurtv.net/news/anos-mandato-bolsonaro-20210101-0020.html>>.
- VASQUES, Lucas (2021), “Farra dos marechais: Contrato pede que Senado convoque ministro da Defesa”, en *Fórum*, 06 de agosto. Dirección URL: <<https://revistaforum.com.br/brasil/farra-dos-marechais-contrato-pede-que-senado-convoque-ministro-da-defesa/>>.
- ZENDEJAS, Julio (2014), “Poder Popular, la vía bolivariana al socialismo. Los Consejos Comunales: entre autonomía y subordinación”, en *Estudios Latinoamericanos*, México, Centro de Estudios Latinoamericanos, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, núm. 34, julio-diciembre.
- ZIBECHI, Raúl (2020), “Una nueva derecha militante y con apoyo ‘popular’ en Brasil”, en Carlos PASTOR (editor y coordinador), *Concentración económica y poder político en América Latina*, Buenos Aires, CLACSO.

Recibido: 7 de marzo de 2022

Aprobado: 24 de octubre de 2022